
PRESENTACIÓN

ENRIQUE GÓMEZ ARBOLEYA

Un clásico joven de la sociología española

Felipe Morente Mejías

Universidad de Jaén

Si no hubiera decidido morir cuando todavía era joven, ahora tendría, con alguna probabilidad, 88 años. Esta circunstancia hace del promotor de la Sociología española moderna, Enrique Gómez Arboleya (1910-1959), que se le pueda considerar como un joven clásico. Joven tanto por la proximidad histórica como por su corta vida, apenas llegados sus 49 años; clásico por la capacidad de restablecer y dar carácter a una disciplina que por entonces nadie confiaba en ella. En tal empeño, incluso, se dejó la vida.

Aunque parezca un recurso literario lo que acabamos de decir, no es arriesgado afirmar que, en la personalidad sensible de Arboleya, según quienes le conocieron, la apuesta por la Sociología en un contexto sociopolítico tan singular fue un factor decisivo en la disposición mental que adoptó al final de su vida. El siguiente testimonio de Enrique Tierno Galván, entre otros que se pueden mencionar, coincide con lo que decimos: «A mi juicio, el encuentro de Gómez Arboleya con la Sociología americana, formal, analítica, cuantitativista, que utiliza modelos matemáticos para el análisis social, fue uno de los hechos que precipitaron su muerte»¹.

Esta idea puede parecer desmesurada, si bien es una conclusión razonable

¹ E. TIERNO GALVÁN, «Evocación del profesor E. G. de Arboleya», en Julio Iglesias de Ussel (comp.), *Homenaje a Enrique Gómez Arboleya, 1910-1959*, Ayuntamiento de Granada, 1988, p. 238.

que se puede entender en el contexto de la incesante búsqueda de verdad que persiguió, así como por las vicisitudes que acompañan su jalonada biografía.

No obstante, la probabilidad de que el factor desencadenante sea cierto no es lo que justifica, como es de suponer, que se traiga al autor a esta sección de clásicos (no es campo, el de la Sociología, que precise del martirologio, de momento, para su existencia); son otras razones las que lo distinguen, como enseguida veremos; sin embargo, sí parece que tal circunstancia ayudó a que el olvido de su obra fuera prematuro². Son, pues, diversas las razones, incluida la deuda de su olvido, por las que merece nuestra consideración y su recuerdo.

EL MARCO BIOGRÁFICO

Como decimos, son otros datos de su trayectoria intelectual y humana los que dan testimonio de la singularidad del autor. En concreto, se aprecia al comprobar el compromiso histórico que adopta con su época, relacionado con lo que Alfred Schutz denomina «situación biográfica»; esto es, su empeño por comprender y dar respuesta a los fenómenos de su *tiempo* y de su *espacio* vitales. Observando la vida de Enrique Gómez Arboleya da la impresión de que estamos ante esa persona arquetípica de su generación. Decía el malgrado Esteban Pinilla de las Heras, en su obra póstuma, que «los historiadores que intentan comprender humanamente una circunstancia, saben que hay tipos humanos que son relativos a esa circunstancia: aparecen o se forman en ella, y desaparecen con ella»³.

Y, en efecto, como si su biografía se formara de presagios, nace y muere al compás de los hitos más singulares de la moderna historia de España: aquellos que llevan, en un breve espacio de tiempo, de la España tradicional a la España de la modernidad. Esa época trepidante, plural y controvertida que se asemeja tanto a la vida y obra del autor. El mismo año de su nacimiento se sitúa en el apogeo de una coyuntura nada común y llena de significados, cuando menos contradictorios. Por un lado, son los años de madurez de la llamada *edad de plata* de la cultura española, donde humanistas, krausistas, modernistas, regeneracionistas y la generación del 98 denuncian el ocaso «fin de siglo» y proponen un nuevo proyecto para la España sin imperio. Es una época de creación y melancolía, especialmente reflejada en la obra de otro singular granadino⁴ con semejanza final al de Arboleya, Ángel Ganivet.

² Véase al respecto esta cita del Alcalde de Granada tomada de su contribución al homenaje: «Granada está en deuda con el talento creador de Enrique Gómez Arboleya. Desde su trágico suicidio en 1959 y acaso por ello mismo, paulatinamente se convirtió en un extraño en la tierra que tanto amó.» «Presentación», en *Homenaje a Enrique Gómez Arboleya*, op. cit., p. XIII.

³ E. PINILLA DE LAS HERAS, *La memoria inquieta*, CIS, 1996, p. 50.

⁴ Es frecuente entre los autores que tratan de la vida de Gómez Arboleya que lo consideren granadino, y así parece ser que se identificaba el propio Arboleya. Ha de constar, sin embargo, que nació en Cebreros, provincia de Ávila, si bien de muy pequeño se trasladó a Granada con sus padres.

Por ese tiempo, durante la primera etapa de su vida, se está fraguando en Europa la crisis internacional que desembocaría en la Primera Guerra Mundial. En España, a su vez, se están precipitando las condiciones de una organización social intransigente. Son los prolegómenos de una época autoritaria en cuyo decurso se producen hechos como la *Semana Trágica* de Barcelona que, en sucesiva escalada autoritaria, desembocará en la guerra civil española. Son, en suma, años marcados por un fuerte contraste resultado de la creatividad cultural de una élite minoritaria, frente a una estructura social en decadencia basada en la oligarquía, de entre cuyos claros-oscuros se irá decantando el carácter, la vocación y, en definitiva, la biografía de Arboleya.

Los años de juventud de Gómez Arboleya marcan otro hito. Las condiciones por las que transcurre esta etapa de la vida de Gómez Arboleya son, si cabe, más excepcionales. En la ciudad de Granada de los años veinte tiene la oportunidad de coincidir y tratar con personajes únicos de la Historia de España, como son Fernando de los Ríos, Federico García Lorca, Manuel de Falla, Manuel Angles Ortiz, entre otros ilustres personajes⁵.

El contacto que mantiene con este grupo va a dar lugar a que durante su primera juventud Arboleya inicie algunos trabajos literarios de interés, respaldados por el propio Federico García Lorca. Un miembro de aquel grupo refiere así la siguiente estampa de época: «Todos estaban contentos en exteriorizar su entusiasmo por aquel mozalbete [Arboleya] que era promesa segura de los más óptimos frutos. Su incorporación al grupo dio el resultado inmediato de que se dedicara a la actividad literaria bajo el doble magisterio de Federico [García Lorca] y de Joaquín [Amigo]»⁶.

Al mismo tiempo que practicaba y gustaba de la literatura, iba conociendo el mundo de la filosofía de la mano de su mentor Joaquín Amigo. En la medida que progresaba en el conocimiento de este campo, la carrera literaria que se auspiciaba para Arboleya iba perdiendo el incentivo emocional que hasta ese momento le había acompañado. Podríamos decir que entrando en la madurez, ya Licenciado en Derecho, descubría su verdadera vocación⁷ en el trabajo aca-

⁵ En esta época, Enrique Gómez Arboleya actúa como secretario de Manuel de Falla, situación que le valió para recuperar la docencia universitaria, de la que fue despojado inmediatamente después de la guerra civil. También, como detallaremos, fue miembro del grupo literario íntimo de Federico García Lorca, quien lo presentó ante la comunidad literaria a través de un artículo titulado «Alternativa de Manuel López Banús y Enrique Gómez Arboleya», en el primer número de la revista *Gallo*, en 1928.

⁶ Luis JIMÉNEZ, «El hombre», en *Homenaje*, op. cit., p. 138.

⁷ A pesar de la devaluación en la que ha venido cayendo este concepto en los últimos tiempos, en el caso de Arboleya toma pleno sentido, tal como lo define el propio Arboleya en la segunda parte del trabajo que presentamos: «La vocación no debe considerarse como una voz arbitraria... La vocación se apoya en aptitudes. Es la toma de posición de una serie de posibilidades vitales.» Por los demás, dicha concepción coincide con la de R. Bellah en su noción clásica de vocación: «(...) En la que une una persecución personal de la excelencia, una valoración intrínseca de la tarea y una conciencia de contribuir al bien común.» «La Sociología comunitarista de R. Bellah», en *REIS*, n.º 74 (abril-junio 1996), p. 88.

démico, apartándose definitivamente de la creación literaria. Hay quien justifica esta decisión en el hecho de que el magisterio jovial y exuberante de Federico no compaginaba con el talante austero y mesurado de Arboleya. Algún desencanto más debió haber porque desde entonces se dedicó de modo exclusivo a la vida académica y reflexiva. En este cambio de horizonte influirá de modo decisivo su estancia por estudios en Alemania durante los últimos años de la República, tras la cual inicia una nueva etapa⁸.

La guerra civil y el período de posguerra definen otros escenarios de atención, decisivos para acometer el intrincado análisis de su trayectoria moral, ideológica e intelectual de madurez.

Si el nacimiento y siguientes fases de su vida se jalonan a través de acontecimientos nada comunes, la etapa final coincide con fenómenos más simbólicos, si cabe. La anecdótica coincidencia de su fallecimiento con la primera visita de un presidente norteamericano a España, incluso, se convierte en hecho significativo. Resulta paradójico que en un hombre que luchó tan enconadamente en los últimos años de su vida por racionalizar y, a veces en extremo, cuantificar el análisis de la realidad social española, dejara de vivir justo cuando D. Eisenhower (símbolo de lo que de algún modo Arboleya pretendió) ponía pie en la tierra que se abriría a ese mundo —añorado por él— de la occidentalidad.

No es de extrañar, pues, que en una época preñada de tantos cambios de ritmos históricos, los hombres sensibles allí situados cayeran en inhabituales tránsitos u ocasos existenciales. Un superviviente de esa generación como Pedro Laín Entralgo, autor éste todavía con permanente lozanía de pensamiento y rigor, en sus referencias a esa etapa de la historia de España reflexiona así: «La mía es una generación sangrienta y espiritualmente astillada. Los mayores... pudieron refugiarse [...] Los demás, carentes de refugio, con el alma semi-formada, vimos complicada nuestra personal deficiencia con el imperativo de una opción dramática...»⁹.

TRAYECTORIA INTELECTUAL

Las discontinuidades históricas en las que tuvo que vivir Arboleya pueden ayudar a la comprensión de su existencia. Y, en particular, pueden explicar los sucesivos cambios que experimentó en su trayectoria intelectual, tan infrecuente, por otro lado, en las carreras de sus coetáneos. Si a ello unimos su carácter

⁸ En 1934, Arboleya es becado por la Universidad de Granada para ampliar estudios de filosofía en la Universidad de Berlín, con Hartman y Spranger, estancia que durará hasta el verano de 1935.

⁹ P. LAÍN ENTRALGO, *España como problema*, Aguilar, Madrid, 1956.

de hombre comprometido con su tiempo y, al decir por quienes le conocían, estar equipado «con tenaz independencia, apego a la búsqueda de la verdad y honradez científica»¹⁰, podemos entender más fácilmente que tratara de buscar respuestas en distintos campos de conocimiento.

Hasta tres veces, cuenta el propio Cruz Hernández, se puso a estudiar de nuevo, «a reformarse desde la raíz misma de su pensar». Y, en efecto, si revisamos su producción científica, encontramos que desde su tesis doctoral hasta los últimos escritos publicados se pueden distinguir al menos tres campos de conocimiento diferenciados según el objeto de atención disciplinar al que se dedicó. López-Aranguren, condiscípulo de Arboleya en los encuentros con X. Zubiri, señala, incluso, cuatro cambios de orientación profesional en la trayectoria de nuestro autor¹¹.

Para los fines perseguidos aquí, podemos destacar tres momentos intelectuales en Arboleya. Cronológicamente destaca, en primer lugar, su interés por la Filosofía del Derecho, influido por su formación germánica, de cuyo panorama cultural elige como tema de estudio el pensamiento político-constitucional de Herman Heller, que termina siendo objeto de su tesis doctoral.

La elección de estudiar al autor germánico podría señalar las preferencias ideológicas de Arboleya, no siempre bien entendidas. Al menos, nos permite opinar a favor de la libertad intelectual de éste, al identificarse con la obra de un pensador como Heller, que defendía los planteamientos más democráticos dentro de su escuela de pensamiento. La asociación con Heller era, cuando menos, poco recomendable en aquel tiempo de la formación alemana de Arboleya (1934-1935), en plena expansión nazi.

El segundo momento intelectual de Enrique Gómez Arboleya es metafísico. Tiene lugar siendo ya catedrático de Filosofía del Derecho en la Facultad de Granada, en los primeros años de posguerra. La falta de profesores especialistas requiere la presencia de Arboleya para enseñar, en la misma Universidad, la asignatura de Filosofía en los cursos comunes de la Facultad de Letras. Tal empeño puso en profundizar en la Filosofía *stricto sensu*, que se puso a estudiar lenguas clásicas para poder leer a los clásicos en versión original. De esta época surge también su interés por la neoescolástica, de cuyo estudio cabe destacar su densa obra sobre el jesuita universal, también granadino, Francisco Suárez. Superando esta etapa, inicia, de la mano de F. Javier Conde, su relación con el filósofo Xavier Zubiri, con quien estrechará lazos de amistad y de quien no se desvinculó hasta su muerte.

La tercera etapa de su progreso intelectual, síntesis por lo demás de sus otras experiencias de conocimiento —proceso nada infrecuente en otros clásicos—

¹⁰ M. CRUZ HERNÁNDEZ, «Retrato de un pensador en soledad», en *Homenaje*, op. cit., p. 49.

¹¹ José L. LÓPEZ-ARANGUREN, «Arboleya y su camino hacia la Sociología», en *Homenaje*, op. cit., pp. 11-16.

cos de nuestra disciplina—, es la de la Sociología. En este sentido, es fácil coincidir con otros autores que lo conocieron en estimar que esta vocación tardía le llegó al ya profesor Gómez Arboleya a través del conocimiento profundo que tenía de los filósofos sociales alemanes. En particular, fue un estudioso de la obra de Dilthey, a quien conoció bien en la propia lengua que escribió. Otra influencia que se aprecia en los trabajos sociológicos de Arboleya proviene del pensamiento de Simmel, quien le causó honda impresión y estímulo para su acercamiento al estudio de la nueva disciplina. La influencia de ambos autores es manifiesta, sobre todo, en su trabajo sobre «La sociología, escuela de humanismo». También es razonable concluir, en la trayectoria intelectual de Arboleya, que sea desde su conocimiento del pensamiento alemán donde surja la inquietud por «la clarificación sistemática de los fundamentos de la razón vital, a través de la Sociología», que diría su contemporáneo Luis Jiménez¹².

La aproximación al mundo de la Sociología la realizó Arboleya de la mano de Francisco J. Conde¹³, con quien inició en el Instituto de Estudios Políticos los cursos de Sociología más rigurosos de la época durante los primeros años cincuenta¹⁴. Desde esta experiencia proyecta su gran tarea sociológica de síntesis del pensamiento y de los hechos sociales, que se vio truncada poco después de aparecer su primer volumen: *Historia de la estructura y del pensamiento social*. En esta primera parte, no obstante, queda ya reflejada la capacidad de exposición y la síntesis de su vasto conocimiento, en el que amalgama aportes de la sociología política de Herman Heller, de la antropología derivada de su estudio del Padre Suárez, junto a otros saberes del acervo de la cultura occidental hasta el siglo XVIII.

Por los resultados, el esfuerzo dedicado y la satisfacción que mostró al terminar la primera parte de esta obra, podemos pensar que todavía proyectaba ilusión y porvenir en la Sociología. Fue, ciertamente, la Sociología, pero la Sociología positivista que se empeñó en dominar los dos últimos años de su vida, lo que le acarreo, como decimos, serios problemas de carácter emocional. La obsesión, que así podemos llamar a su tono vital de última hora, se manifiesta al abordar la Sociología desde los modelos metodológicos más formales posibles entonces en boga: desde las matemáticas, primordialmente. Salvador Giner, que fue discípulo de Arboleya durante esta última etapa, refiere textualmente que «don Enrique se presentaba en los dos últimos años de su vida como un sociólogo profundamente convencido de la validez del enfoque posi-

¹² Luis JIMÉNEZ, en *Homenaje*, op. cit., p. 142.

¹³ F. Javier Conde era un reconocido especialista en filosofía del derecho; pero, sobre todo, es recordado por su teoría del caudillismo, lo que le hizo merecer la fama de ser el ideólogo del totalitarismo español. Algunos autores, como Stanley Payne, consideran a Conde, no obstante, como un socialdemócrata camuflado en el núcleo duro del franquismo.

¹⁴ El propio Arboleya, en su «Sociología en España», dice: «Los cursos del Instituto de Estudios Políticos comprenden dos años de estudios sociológicos y uno de especialización.» En dichos cursos participan, entre otros profesores, Díez del Corral, Jiménez de Parga, Caro Baroja, Chueca, Ollero, además del propio Arboleya. *Revista de Estudios Políticos*, n.º 98, p. 74.

tivista» y, a resultas de ello, le «recomendó» que tomara clases de matemáticas y de estadística, como formación necesaria de postgrado, si quería ser sociólogo¹⁵.

El propio Arboleya hizo esfuerzos para progresar en el dominio de las matemáticas, pero fue en vano... «En un período de agotamiento físico y de febril esfuerzo intelectual, al no poder aplicar rápidamente métodos y criterios que le eran extraños y que exigían instrumentos nuevos para su aplicación, cae en una depresión profunda»¹⁶.

EL CARÁCTER DE SU OBRA SOCIOLOGICA: LA TEORÍA DEL GRUPO SOCIAL

En 1954, tras superar una brillante oposición, en opinión del tribunal que la juzgó¹⁷, Enrique Gómez Arboleya es nombrado Catedrático de Sociología. Fue el primero del cuerpo en la reinstitucionalizada disciplina después de la Guerra Civil —con antecedentes en Sales Ferré, en 1899, y Severino Aznar, en 1928—. Esta fecha puede servir de base para situar la etapa sociológica de Arboleya, que, como sabemos, fue breve por inacabada, aunque se prometía prolifera y densa. Recuérdese su magna obra titulada *Historia de la estructura y del pensamiento social*, proyectada en varios volúmenes, y de la que sólo pudo ver acabado el primero de ellos, el que abarca desde los orígenes del pensamiento racional hasta el siglo XVIII. Al margen de lo que hubiera sido esta obra clave, sus trabajos sociológicos son muy concretos¹⁸.

A pesar de su corta trayectoria sociológica, tuvo ocasión también de hacer algunas aproximaciones a la sociología empírica. En esta línea, inició un trabajo sobre las clases medias que no concluyó; sí terminó, en colaboración con Salustiano del Campo, un estudio sobre la familia que presentó ante el Tercer Congreso Mundial de Sociología, de 1956, en Amsterdam. Lo último que hizo

¹⁵ Salvador GINER, «Enrique Gómez Arboleya: memoria personal», en *Homenaje*, op. cit., p. 90.

¹⁶ Enrique Tierno Galván, «Enrique Gómez Arboleya», en *Homenaje*, op. cit., p. 238.

¹⁷ V. Manuel J. Peláez, *Infrahistorias e Intrahistorias del Derecho español del siglo XX*, Cátedra de Historia del Derecho, Universidad de Málaga.

¹⁸ Sus trabajos sociológicos más destacados son los siguientes, por orden cronológico: (1950): «Más sobre la noción de persona», *Revista de Estudios Políticos*, n.º 49: 107-124; (1954): «Sobre el porvenir de la sociología francesa», *Revista de Estudios Políticos*, n.º 75: 83-89; (1954): «Teoría del grupo social», *Revista de Estudios Políticos*, n.º 76: 3-33; (1955): «Sociología, escuela de humanismo», *Revista de Estudios Políticos*, n.º 79: 3-23; (1956): «Some observations on the modern Spanish family», III Congreso Mundial de Sociología, Amsterdam; (1957): *Historia de la estructura y del pensamiento social: Hasta finales del siglo XVIII*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos; (1958): «Sociología en España», *Revista de Estudios Políticos*, n.º 98: 47-83; (1958-59): «Terminología de las Ciencias Sociales» (coord.), *Revista de Estudios Políticos*, n.º 102-103. Junto a Salustiano DEL CAMPO tiene, además: (1959): «Para una sociología de la familia española», Madrid, Ediciones del Congreso de la Familia Española; (1959): «A study of attitudes on the role of the Spanish Women as Wife and Mother», Köln (mimeografiado).

en este campo fue el bosquejo de cuestionario para un estudio sobre la juventud en colaboración con J. J. Linz y J. Mariano López-Cepero, coordinado por este último, cuyos resultados no llegó a ver concluidos¹⁹.

Esta obra que recogemos sería suficiente para mostrar su talante abierto para abordar cualquier tipo de tareas de incumbencia sociológica, incluida la faceta de investigador empírico apegado a la realidad.

Sin embargo, lo que más destaca de la sociología del autor no es la cantidad ni el grado de familiaridad con las técnicas del análisis social, sino su profundidad teórica sustantiva. Esa versión de la Sociología como reflexión y como crítica, necesariamente enmarcada —como recuerda Salvador Giner— en la filosofía social como labor apriorística en la Sociología contemporánea. Aquí reside, en nuestra opinión, el motivo primordial por el que destaca el autor.

En su *Teoría del grupo social* encontramos este carácter de obra profunda y radical expuesta según los cánones sociológicos, a diferencia de otros textos pretendidamente científicos en esa época. En los escritos sociológicos del profesor Gómez Arboleya no se parte de «esencias trascendentes» ni se emplea jerga metafísica, tan conocida sin embargo por él, sino que procura una exposición analítica fundada en la determinación de los hechos tal como se muestran a la experiencia de los propios actores —¿vestigio de su formación fenomenológica?—, siendo así consecuente con el cambio de trayectoria adoptado y con las exigencias epistemológicas que demanda una disciplina científica.

En concreto, con *Teoría del grupo social*, Gómez Arboleya se propone centrar el objeto propio de la Sociología al señalar y justificar la unidad más indivisible que tiene sentido social. Ésta es la primera tarea que considera imprescindible realizar si es que se pretende un conocimiento positivo de la sociedad, antes, incluso, de tratar sobre la naturaleza del estatuto «científico» que pueda corresponder a la Sociología.

La perspectiva positiva, que no positivista, que adopta Arboleya la estima como un recurso de apoyo, pero necesario, para la reflexión general y sistemática que demanda el conocimiento de la sociedad. Sociedad que, en Arboleya, como decimos, no queda reducida a una entidad que nos viene dada, sino que es producto del ser humano por su pertenencia al grupo social. Es producto, en definitiva, de la vida social cotidiana que, como tal, produce lo social a la vez que se presenta como envolvente de toda vida y de todo obrar humano.

Esta visión comprensiva de lo particular y de lo general que tiene la obra sociológica de Arboleya nos recuerda también perspectivas sociológicas sincréticas actuales en la línea que propone J. E. Rodríguez-Ibáñez²⁰, como las pro-

¹⁹ J. Mariano López-Cepero (coord.), *Encuesta sobre presupuestos mentales de la juventud española (16-20 años)*. I Encuesta Nacional, Madrid, Instituto de la Juventud, 1960.

²⁰ José E. RODRÍGUEZ-IBÁÑEZ, «De Liliput a Brobdinghag: Notas sobre las relaciones micro-macro en Sociología», *REIS*, n.º 80.

puestas teóricas de la *estructuración* de Giddens, o los aportes etnometodológicos de las producciones sociales de la vida cotidiana. Se anticipa así a su tiempo; y lo hace distanciándose del paradigma estructural-funcional dominante en aquella época. Como señala Díez del Corral, «Arboleya intenta una posición central que no caiga en el sociologismo ni en mera fenomenología sociológica, ni en empirismo radical»²¹. Como se ve, una posición muy atrevida y singular la que adopta Arboleya para aquellos tiempos en que le tocó vivir.

La lectura de la *teoría del grupo social* recuerda y nos sitúa en cierto ambiente sociológico actual. Lo consigue aportando no sólo conocimiento formal, teórico, sino, de modo especial, método: indicando cómo podemos localizar, y en su caso construir, el objeto propio del conocimiento sociológico. En general, si tuviéramos que resumir la intención de su pensamiento sociológico en pocas palabras, nada más sugerente que su afortunada expresión «La sociedad, empeñada obra del hombre», donde también su actitud vital queda bien representada en ese manifiesto de voluntad que asigna a la condición humana.

LA OBRA QUE PRESENTAMOS

El texto que sigue es un trabajo original de Arboleya poco conocido²². Lo componen los ejercicios 5.º y 6.º que llevó a cabo para acceder a la cátedra de Sociología. Hecho que no deja de ser relevante al ser, como queda dicho, la primera cátedra de Sociología de la etapa moderna en España. Además de este hecho, la importancia la tiene el texto en su propio contenido. La primera parte, la referida al 5.º ejercicio, destaca por su valor propedéutico en una disciplina que no siempre combina disposiciones empíricas y teóricas entre sus expertos.

La capacidad de síntesis que muestra el autor en el desarrollo de un ejercicio que requiere conocimientos especializados diversos es una de las bondades que se pueden aprender de sus reflexiones, pero no la única. Los recursos metodológicos empleados para resolver la cuestión que trata parecen ingenuos si se consideran desde el progreso experimentado por las técnicas de investigación en la actualidad. Sin embargo, si nos atenemos a las prácticas al uso de entonces, podremos apreciar en su discurrir la capacidad analítica que despliega al recurrir a los materiales metodológicos y teóricos más contrastados. Es decir, procura en todo el desarrollo una visión plural lo más alejada posible del tecnicismo ortodoxo de la época.

²¹ Luis Díez del Corral, «Enrique Gómez Arboleya», en *Estudios de teoría de la sociedad y del Estado*, Instituto de Estudios Políticos, 1962, p. 9.

²² El texto que presentamos ha sido editado recientemente en monografía de Manuel J. Peláez, *Infrahistorias e Intrahistorias del Derecho español del siglo XX*, por la Cátedra de Historia del Derecho y de las Instituciones de la Universidad de Málaga. Queremos agradecer al autor las facilidades dadas para llevar a cabo su publicación en esta revista.

Completando el texto está la segunda parte. Trata de la sociología de las profesiones. Para nuestro gusto, es la parte más interesante y actual. Se trata de un elaborado discurso analítico que no sería fácil adivinar que proviene del momento en el que se desarrolla un ejercicio de oposición. Además, considerada la época, podemos observar que el autor no renuncia a la libertad intelectual de invocar ideas o autores aunque estuviesen proscritos. De su contenido podemos hacer variadas lecturas. Entre las más sutiles podríamos decir que recupera ciertas ideas del glosario marxista. De manera más evidente podemos encontrar una expresa crítica a los excesos de la tecnocracia cuando advierte de los riesgos que supone sobrevalorar el «producto» del trabajo, más allá de la «acción humana» productiva. Veámoslo mejor con sus propias palabras:

«[En la acción humana se distingue entre] la praxis y la poiesis. La praxis es algo en que es fundamental el hombre, la poiesis es algo en que es fundamental la obra, el resultado. De lo primero resulta una práctica, una movilización del hombre y una formación del hombre; de lo segundo una tekne, una actividad técnica. En lo primero el esfuerzo revierte sobre el hombre, expresado en términos hegelianos, que luego tomará Marx en sus obras de juventud (...) En cambio, en la segunda actividad, lo material es fundamental, el hombre queda en cierta medida enajenado. (...) La introducción de un gran grupo de actividades técnicas en un campo social supone, pues, la introducción de elementos conceptuales y vitales que en cierta medida son incompatibles con la profesión como elemento personal. Supone por lo pronto el predominio de las cosas (...) En realidad se trata de una tendencia a objetivar la vida cada vez más, y a sustituir al imperio de los hombres por el de las cosas» (texto II, p. 318).

La actualidad de la obra de Gómez Arboleya no se limita a lo que acabamos de leer; su capacidad de captar el sentido de los procesos humanos lo lleva a prever la pérdida del protagonismo del hombre en su cotidianidad, al convertirse fatalmente en un actor funcional del macrosistema, de la mundialización, que hoy diríamos. Así, tras decir que el hombre de creador pasa a ser administrador de cosas, entiende que el decurso temporal de la humanidad se dividirá en dos etapas: una será la historia, la otra la posthistoria. Y este devenir no lo achaca al ocaso de las ideologías ni a una visión teleológica del fin de la historia; su vaticinio se funda en la ocurrencia de una crisis de civilización debida al exceso de confianza en la racionalidad instrumental, en la técnica. Es, como dice el propio Arboleya en el texto que presentamos, «un mal que aqueja a todo el cuerpo social. La crisis de la participación profunda del hombre, por la complicación técnica». En definitiva, propugna la primacía del hombre.

No podemos dejar de ver que los textos de Arboleya están tramados sobre la malla del humanismo que inspira su obra entera. Su lectura será un buen ejercicio de restitución humanista. Con ello terminamos. Pero no queremos

dejar de advertir que en sus escritos se aprecian algunas expresiones de su formación escolástica, sobre todo en determinados recursos estilísticos; también en ciertas concepciones metafísicas. En cualquier caso, son recursos que no contaminan la sustantividad sociológica. Del conjunto de su tarea destaca, de manera eminente, su lucidez analítica y su esfuerzo por mantener un discurso claro y preciso apoyado suficientemente en la realidad empírica. La lectura de sus textos nos dirá mejor que nada la riqueza (y las limitaciones) que aportan las ideas que comentamos: veámoslas.